

Los que van a la escuela

CIRRATO, PRETEXTATO, VIEJA,
TERESICA (*criada*), TITIVILICIO y VERDULERA

CIRRATO.- ¿Te parece que es hora de ir a la escuela?

PRETEXTATO.- Sin duda, ya es hora que vayamos.

CIRRATO.- No sé bien el camino; creo que está en aquella calle cercana.

PRETEXTATO.- ¿Cuántas veces fuiste allá?

CIRRATO.- Tres o cuatro.

PRETEXTATO.- ¿Cuándo empezaste a ir?

CIRRATO.- Hará unos tres o cuatro días.

PRETEXTATO.- ¿Y no basta eso para conocer el camino?

CIRRATO.- No, aunque fuese cien veces.

PRETEXTATO.- ¿Pero es verdad? Pues yo, aunque no hubiera ido más que una vez, no erraría el camino. Es que tú vas de mala gana y jugando; no miras las calles, ni las casas, ni algunas señales que te muestren por dónde debes ir y volver. Yo observo todo esto con cuidado, porque voy gustoso.

CIRRATO.- Este muchacho habita cerca de la escuela. Oye, Titivilicio, ¿por dónde se va a tu casa?

TITIVILICIO.- ¿Qué quieres? ¿Te envía tu madre? La mía no está en casa, ni mi hermana; las dos fueron a la iglesia de Santa Ana.

CIRRATO.- ¿Qué hay allí?

TITIVILICIO.- Ayer fue la dedicación del templo y hoy las convidó una quesera a comer cuajada,

CIRRATO.- ¿Por qué no fuiste con ellas?

TITIVILICIO.- Me quedé para guardar la casa. Se llevaron con ellas un hermanito mío, y prometieron traerme en la cestita alguna porción de lo que sobrara.

CIRRATO.- ¿Cómo no estás en tu casa?

TITIVILICIO.- Luego volveré. Ahora voy a jugar y a jugar a la taba con el hijo de este zapatero. ¿Queréis venir vosotros?

CIRRATO.- Vamos, Si te atreves.

PRETEXTATO.- Todo menos eso.

CIRRATO.- ¿Por qué no?

PRETEXTATO.- Porque no nos azoten.

CIRRATO.- ¡Ah! ¡No me acordaba!

TITIVILICIO.- No os azotarán.

CIRRATO.- ¿Tú qué sabes?

TITIVILICIO.- Porque vuestro maestro perdió ayer la férula.

CIRRATO.- ¿Cómo lo supiste?

TITIVILICIO.- Porque hoy hemos oído desde casa los gritos que daba buscándola.

CIRRATO.- Vamos; juguemos un poco.

PRETEXTATO.- Juega tú, si quieres; iré yo solo.

CIRRATO.- No digas nada al maestro; dile que mi padre me retiene en casa.

PRETEXTATO.- ¿Quieres que mienta?

CIRRATO.- ¿Por qué no? ¡Por un amigo!

PRETEXTATO.- Porque oí en el templo al predicador que decía que los mentirosos son hijos del diablo, y los que dicen verdad, hijos de Dios.

CIRRATO.- ¿Del diablo? ¡Calla! Por la señal de la santa cruz, de nuestros enemigos líbranos, Señor, Dios nuestro.

PRETEXTATO.- No podrás librarte si juegas cuando has de estudiar.

CIRRATO.- Vámonos; tú, quédate con Dios.

TITIVILICIO.- ¡Ay, estos muchachos no se atreven a jugar un poco por temor a los azotes!

PRETEXTATO.- Es éste un muchacho perdido y saldrá un mal hombre. Mas se nos fue y no le hemos preguntado por dónde se va a la escuela; llamémosle otra vez.

CIRRATO.- Vaya enhoramala, no quiero que me provoque de nuevo a jugar. Se lo preguntaremos a esta vieja. Madre, ¿sabéis por dónde se va a la escuela de Filipono?

VIEJA.- Junto a esa escuela habité seis años y allí parí a mi hijo el mayor y dos hijas. Pasad esta plaza de Villarrasa, después seguid el callejón, luego la plaza del Señor de Bétera; allí torced a la derecha, luego a la izquierda y preguntad, que la escuela está cerca.

CIRRATO.- ¡Ah! ¿Cómo podremos acordarnos de todo eso?

VIEJA.- Teresica, lleva a estos muchachos a la escuela de Filipono, porque la madre de éste es aquella que nos daba lino para peinar e hilar.

TERESICA.- ¿Qué malaventurado es ese Filipono? ¿Cuál hombre es? ¡Como si yo lo conociese! ¿Acaso habláis del zapatero remendón de junto a la *Taberna Verde*? ¿O del pregonero de la calle del Gigante, el que alquila caballos?

VIEJA.- Harto sé que ignoras las cosas que son necesarias, mas no las que de nada aprovechan. ¡Torpe, Filipono es aquel maestro viejo, alto y corto de vista de enfrente de la casa en que hemos vivido!

TERESICA.- ¡Ah! ¡Ya me acuerdo!

VIEJA.- A la vuelta pásate por el mercado y compra hortaliza, rábanos y cerezas. Toma la cesta.

CIRRATO.- Llévanos a nosotros por el mercado.

TERESICA.- Más presto iréis por aquí.

CIRRATO.- No queremos ir por aquí.

TERESICA.- Y ¿por qué no?

CIRRATO.- Porque me mordió el perro de la casa de aquel panadero, y también porque queremos acompañarte a la plaza.

TERESICA.- A la vuelta pasaré por el mercado, porque está muy lejos de aquí, y compraré lo que me mandaron. Antes os dejaré en la escuela.

CIRRATO.- Queremos ver por cuánto comprarás las cerezas.

TERESICA.- Las mercamos a seis dineros la libra; pero, ¿a ti qué te importa?

CIRRATO.- Es que mi hermana me mandó esta mañana que preguntara por cuánto las vendían, y hay allí una verdulera vieja, la que, si le mercases, no sólo te las dará más baratas, sino que también nos regalará algunas cerezas o algún cogollo de lechuga, porque esa vieja sirvió a mi madre y a mi hermana algún tiempo.

TERESICA.- Temo no os cueste algunos azotes el haber rodeado tanto.

CIRRATO.- No, porque llegaremos a buen tiempo.

TERESICA.- Vamos; así me pasearé un poco. ¡Desdichada de mí, que me consumo de estar todo el día sentada en casa!

PRETEXTATO.- ¿Pues, qué haces? ¿Acaso estás ociosa?

TERESICA.- ¿Ociosa? Nada de eso: hilo, hago ovillos, devano, tejo. ¿Piensas que la vieja me permitiría estar ociosa? Maldice los días de fiesta porque durante ellos no se debe trabajar.

PRETEXTATO.- ¿Por ventura no son sagrados los días de fiesta? ¿Cómo, pues, maldice de lo que es sagrado? ¿Quiere, quizá, hacer que no sea sagrado aquello que lo es?

TERESICA.- ¿Crees que yo aprendí geometría para que os lo pueda declarar?

CIRRATO.- ¿Qué cosa es geometría?

TERESICA.- No lo sé. Nosotros teníamos una vecina a quien llamaban *Geometría*. Estaba siempre en la iglesia con los sacerdotes, o éstos en casa de ella. Y así, según decían, era muy sabia. Mas ya hemos llegado al mercado. Ahora a ver dónde está vuestra vieja.

CIRRATO.- Eso estaba yo mirando. Pero compra a ésta, con tal que añada algunas cerezas para nosotros. Tía, esta muchacha le mercará cerezas si nos diere algunas.

VERDULERA.- A mí no me dan nada; aquí todo se vende.

CIRRATO.- ¿Ni le dan esas suciedades de las manos y del cuello?

VERDULERA.- ¡Desvergonzadillo, si no te vas de aquí probarán tus carrillos estas suciedades!

CIRRATO.- ¿Cómo las probarán mis carrillos estando en vuestras manos?

VERDULERA.- ¡Vuelve las cerezas, ladronzuelo!

CIRRATO.- Es para catarlas, porque quiero comprar.

VERDULERA.- Pues Compra.

CIRRATO.- ¿Por cuánto, si me agradasen?

VERDULERA.- A dinero la libra.

CIRRATO.- ¡Puf! Son acedas. ¡Ah, bruja, vendes aquí a las gentes cerezas ahogaderas!

TERESICA.- Vamos a la escuela, porque vosotros me enredaríais con vuestras agudezas y me detendríais mucho. Creo que ya estará la vieja en casa renegando por mi tardanza. Esta es la puerta; llamad.